

JULES CASHFORD

LA LUNA

SÍMBOLO DE TRANSFORMACIÓN



ATALANTA





IMAGINATIO VERA

ATALANTA

I 2 2



JULES CASHFORD

LA LUNA
SÍMBOLO DE TRANSFORMACIÓN

TRADUCCIÓN
FRANCISCO LÓPEZ MARTÍN



ATALANTA

2018

En cubierta: Astarté con la luna creciente sobre la cabeza.
Escultura de alabastro. Babilonia, siglo II a.C. Museo del Louvre.
La figura aparece sobre un fondo con la luna llena (cortesía de NASA/ESA).
En guardas: Fases de la luna (cortesía de NASA/ESA).

Dirección y diseño: Jacobo Siruela

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Todos los derechos reservados.

Título original: *The Moon. Symbol of Transformation*

© Jules Cashford 2003, 2016

Publicado por acuerdo con Rights People, Londres.

© De la traducción: Francisco López Martín

© EDICIONES ATALANTA, S. L.

Mas Pou. Vilaür 17483. Girona. España

Teléfono: 972 79 58 05 Fax: 972 79 58 34

atalantaweb.com

ISBN: 978-84-947297-8-2

Depósito Legal: GI 867-2018

Índice

Prefacio

19

Capítulo 1

La Luna y los ritmos de la vida

25

Notaciones lunares

28

La Luna y el tiempo vivo

35

El descenso de Inanna

42

La *zoé* y el *bíos*

50

La muerte y resurrección de Osiris

53

Capítulo 2

La Luna y el tiempo

61

La eternidad y el tiempo

62

La Luna y la medida del tiempo

63

Los templos de la Luna

67

El calendario sagrado

68

Dividir el año: las lunas de las estaciones

76

La reconciliación del tiempo lunar y el tiempo solar

79

Las fases de la Luna como cualidades del tiempo

84

LUNA NUEVA

89

LUNA LLENA

93

LUNA MENGUANTE

93

Dividir el mes

96

EL DÍA DE LA LUNA

100

Tiempo y eternidad

100

Capítulo 3

La Luna y las aguas

107

La Luna y las aguas de la vida

SUMERIA

109

EGIPTO

111

INDIA

115

El agua en la Luna

115

La Luna y el mar

119

La Luna y el clima

123

La Luna en el agua

126

La Luna y el rocío

130

La Luna y las aguas de la muerte

134

LA LUNA OSCURA Y LAS INUNDACIONES

136

La Luna y las aguas de la vida eterna

138

SOMA

138

HAOMA

142

MANÁ

143

HIDROMIEL

144

ROCÍO DE MIEL

145

EL ROCÍO DE LA LUNA

146

No hay agua, no hay Luna

149

Capítulo 4

La Luna y la gran red de la vida

153

Epifanías de la Luna

153

LA SERPIENTE

156

EL TORO Y LA VACA

160

LA RANA Y EL SAPO

165

EL OSO

168

CRIATURAS DEL MAR

169

LA PERLA

170

EL CANGREJO

171

LA PIEDRA LUNAR

173

EL LOBO Y EL PERRO

173

EL GATO

177

LA ARAÑA

178

Capítulo 5

La Luna y la mente

183

La etimología de la palabra *luna*

184

Pensamiento racional y pensamiento intuitivo

190

Numerar el ciclo

DOS

192

TRES

197

CUATRO

201

VEINTIOCHO

203

SIETE

206

NUEVE

206

TRECE/CATORCE

207

DIECISIETE

207

DIECINUEVE

210

CINCUENTA

211

Formación de imágenes mentales

212

El marco lunar

213

Capítulo 6

La Luna y el Sol

217

Mitos de la creación de la Luna y el Sol

221

El género de la Luna y el Sol

230

LA LUNA COMO MASCULINA

232

LA LUNA COMO FEMENINA

233

LA LUNA COMO SIMBÓLICAMENTE FEMENINA

235

La «solarización» de la Luna

238

La Luna y la mutabilidad

246

El Sol y la Luna en el cristianismo

250

La pérdida de las historias de la Luna

256

Consciencia solar y consciencia lunar

263

Capítulo 7

La cara de la Luna

267

El hombre de la Luna

268

La mujer de la Luna	272
El agua de la Luna	275
LA RANA Y EL SAPO DE LA LUNA	277
HOLLÍN, CENIZA, SANGRE Y BARRO EN LA LUNA	278
El elixir de la Luna	280
La liebre de la Luna	284
LA LIEBRE EN LA MITOLOGÍA INDIA	284
LA LIEBRE EN LA MITOLOGÍA AZTECA Y MAYA	287
LA LIEBRE EN LA MITOLOGÍA DE LOS NATIVOS NORTEAMERICANOS	289
La liebre de la Luna como figura de muerte y resurrección	290
LA LIEBRE DE PASCUA	291
LA LIEBRE EN LA MITOLOGÍA AFRICANA	296
Sobre cómo creó Mantis la Luna	299

Capítulo 8

La Luna y la fertilidad

	303
La Luna y la menstruación	304
INICIACIÓN POR EL DIOS DE LA LUNA	305
LA SANGRE DE LA LUNA	307

MENGUA Y MENSTRUACIÓN

311

La Luna y la concepción

313

LA LUNA COMO TORO FERTILIZANTE

315

LA LUNA COMO SERPIENTE SEDUCTORA

317

La Luna y el parto

320

EL PARTO Y LAS FASES DE LA LUNA

323

La Luna y la fertilidad de los animales

324

La Luna como cazadora

327

El ciclo del renacimiento

332

Capítulo 9

La Luna y las plantas

335

Las deidades lunares del agua, la planta y el árbol

337

Las fases lunares y la Tierra

342

LA LUNA NEGRA Y EL INVIERNO

347

Dioses que mueren y resucitan

351

OSIRIS

352

DIONISO

356

ORFEO

358

MEN Y ATIS

360

DEMÉTER Y PERSÉFONE

362

Capítulo 10

La Luna y el destino

367

Las Moiras

368

Las Parcas

375

Las Matronas

375

Las Nornas

376

Las Hermanas Hechiceras

381

La Luna hilandera

382

La Virgen María como tejedora

383

El hilar como destino en los cuentos de hadas

387

El velo de Māyā

388

La Rueda de la Fortuna

393

Hilar el tiempo y anudar el destino

398

Capítulo 11

La luna llena

405

La luna llena como musa

407

La luna llena como el ojo sanado de Horus

414

La luna llena y la locura

419

La Luna y la magia

424

La Luna y la magia negra

431

Las bodas sagradas de la Luna y el Sol

436

Capítulo 12

La luna menguante

451

El vínculo con la Luna

453

MUDAR LA PIEL DE LA MUERTE

455

La Luna como portadora de la muerte

457

LA MUERTE COMO CASTIGO

462

LA MUERTE COMO ELECCIÓN

462

La agonía de la Luna

463

La mengua como desmembramiento

467

Misterios lunares del desmembramiento

474

Capítulo 13

La luna negra y la muerte

La Luna en eclipse

481

La Luna y el sacrificio

487

La Luna como ancestro y juez	492
La Luna como morada de las almas	499
La Luna como etapa en el viaje hacia el Sol	503
La Luna como puerta al mundo eterno	506
La Luna como el páramo de la Tierra	516

Capítulo 14

La luna nueva: el renacimiento

	521
El símbolo de la transformación	524
El mito como símbolo y metáfora	534
La luna nueva	537

Notas

549

Bibliografía selecta

607

Créditos de las imágenes

623

Índice onomástico

629

La Luna
Símbolo de transformación

A Sasha



Prefacio

Pensé que lo único permanente de la filosofía era aquello que se había convertido en poesía...

W. B. Yeats, *The Philosophy of Shelley's Poetry*

El primer objetivo de este libro es explorar los mitos, símbolos e imágenes poéticas de la Luna a modo de estudio de la historia de las ideas desde el Paleolítico hasta el presente. El segundo, preguntarnos lo que estos relatos e imágenes revelan sobre la consciencia humana.

Esta última cuestión es especialmente oportuna ahora que podemos imaginarnos en la Luna mirando a la Tierra y viéndonos observando la Luna. Pues se trata de una imagen muy precisa de la nueva clase de consciencia que resulta posible al ocupar una posición más allá de la Tierra, lo que por vez primera nos permite contemplar nuestro planeta en su conjunto. Desde esta extraordinaria perspectiva, las fronteras tribales, con sus dioses en guerra, se disuelven hasta convertirse en algo absurdo, aunque el humo de sus luchas flote en el aire y planee sobre regiones demasiado pequeñas para ser nombradas, sobre territorios desesperados en mapas invisibles.

El otro gran descubrimiento del siglo xx también hace que sea imposible pensar en los continentes y los países de manera aislada. Como nos advirtió Einstein en 1964: «El poder desencadenado por la bomba atómica lo ha cambiado todo salvo nuestra forma de pensar. Por eso nos encaminamos hacia catástrofes sin precedentes».¹ Con estas palabras, Einstein sin duda quiso decir que el brillante experimento de la consciencia llevado a cabo en los últimos cuatro mil años está en su apogeo y debe ahora sacrificar su autonomía para no destruir todo lo que ha logrado. El gran mitólogo Joseph Campbell dio voz a la visión nacida de esta comprensión:

Los viejos dioses parecen o ya están muertos, y en todas partes la gente, en permanente búsqueda, pregunta: ¿cuál será el nuevo mito, la nueva mitología de este planeta unificado como un solo ser armonioso?²

La exploración científica de la consciencia humana es relativamente reciente, a diferencia del arte, que ha servido siempre, «por así decirlo, como espejo de la naturaleza».³ Curiosamente, empezó más o menos en el mismo período en que Einstein pronunció las palabras que hemos citado, como si el nuevo y necesario foco de la mente analítica hubiera de ser el sujeto en el que se asentaba dicha mente. Pronto quedó claro que sabíamos muy poco sobre el modo en que una forma de consciencia podía cambiar (puesto que, inevitablemente, no hay forma de consciencia que exista al margen de un paradigma dado). No sabemos cómo se forja una mitología, ya sea nueva o antigua; si surge espontáneamente de lo inconsciente o si podemos contribuir de manera consciente a crear nuevas formas de ver y apreciar la vida. Sin embargo, mediante la comparación de mitos de diversas épocas y culturas, hemos aprendido que todos ellos nos revelan nuestros más profundos anhelos y creencias, ofreciéndonos por lo tanto un medio de aprehender y conocer nuestro propio ser.

Desde la Ilustración se ha dado por supuesto que la forma mitológica de pensar la vida pertenece al pasado lejano y que el pensamiento especulativo de la ciencia y la filosofía modernas nada debe a las intuiciones «irracionales» de la mitología e incluso se basa en un rechazo heroico de éstas. No obstante, la obra de Frazer, Jung, Cassirer, Frankfort, Eliade y Barfield, entre muchos otros autores,⁴ ha puesto de relieve que el pensamiento especulativo es una característica inherente del pensamiento mítico y, a la inversa, que las imágenes míticas nunca están ausentes de los intentos de comprender el universo, por racionales y empíricos que pretendan ser. En este caso tal vez haya algo que aprender del modo en que las gentes de otros tiempos se relacionaban con el universo.

Antes de que la filosofía, primero, y la ciencia, después, se tornaran disciplinas autónomas, las imágenes poéticas del mito eran el medio esencial con el que las personas afrontaban las contingencias inmediatas de la vida cotidiana y se planteaban las preguntas sin respuesta sobre la vida y la muerte. Constituía un pensamiento de carácter especulativo porque trascendía la experiencia para explicarla y unificarla. Como el pensamiento de épocas posteriores, basado en definiciones claras y enunciados explícitos, aquellas primeras formas de pensamiento partían de una hipótesis. Ya se tratara de una presencia viva, una diosa o un dios; ya adoptara el aspecto de un animal o un pájaro, o se manifestara como la Luna, el Sol o la Tierra, suponía en cualquier caso un intento de alcanzar una idea que revelara patrones y estructuras para dotar de sentido a los misterios del mundo. Por lo tanto, el mito no es una forma de pensar superada por el pensamiento reflexivo, sino el impulso vital y original de la filosofía.

Las especulaciones de los tiempos primigenios se abrían camino a través de una afinidad imaginativa que abarcaba todos los aspectos de la relación que el ser humano mantenía con su mundo. Y como este proceso era recíproco, dicha afinidad también incluía el modo en que el mundo se relacionaba con el ser humano. Pues el mundo de la gente de antaño era un Tú, no un Ello; una presencia numinosa y personal, y, por lo tanto, un Sujeto en la dialéctica del

pensamiento, no un objeto de reflexión inanimado. Hubo un tiempo en el que las formas de vida de lo que ahora llamamos naturaleza (olvidándonos de que este nombre y esta idea son abstracciones relativamente recientes) no se diferenciaban de la humanidad: todos los seres estaban vivos en la misma medida, pertenecían a un mismo continuo de sentimiento y, en consecuencia, no debían ser aprehendidos mediante modos diversos de cognición. Entre ellos no existía una dicotomía. Recordemos que la imaginación antigua se atenía a lo concreto, surgía de la experiencia vital profunda en la que estaba incrustada, como ocurre, en este mismo sentido, con la poesía de todas las épocas. No es que los pueblos de los tiempos primigenios no pensarán filosóficamente, sino que «lo bueno», «lo verdadero» y «lo bello» eran cosas buenas, verdaderas y bellas, entendiendo por «cosas» personalidades, actividades, acontecimientos cósmicos, todo lo que compone un mundo valioso.

Esto no significa que aquellas gentes dotaran de características humanas a un universo ajeno a ellas, personificándolo para sentirse como en casa. Tal interpretación descansa en una oposición implícita entre naturaleza y humanidad que las formas de pensamiento occidentales dan ahora por sentada, pero que es precisamente la que cabe poner en entredicho, por cuanto se trata de la creencia esencial que impide el cambio de nuestra visión del mundo. No es que aquellos pueblos carecieran de una categoría para los fenómenos inanimados; lo que ocurre es que este pensamiento de oposición tal vez no sea sino una etapa en la evolución de la consciencia, una etapa necesaria pero a fin de cuentas provisional y no absoluta. ¿Cómo podemos llegar a saberlo si no la ponemos en tela de juicio? Para intentar obtener una perspectiva sobre nuestra forma particular de consciencia, debemos cuestionar todos los presupuestos, en especial los que esta forma dominante de consciencia considera evidentes, entre otras cosas porque han contribuido a que alcanzara su posición preponderante.

Uno de los descubrimientos de la psicología en el último siglo ha sido el de mostrar que los mitos estructuran nuestro pensamiento, tanto si somos conscientes de ello como si no. Todos nosotros, en cuanto especie, cultura e individuos, tenemos un relato sobre el mundo en que vivimos, el lugar que ocupamos en él y el propósito que nos guía. Un mito, conforme al significado original de la palabra en griego *-mythos-*, no es más que eso: un relato que intenta volver la vida transparente remitiéndola a una fuente inteligible. Puede ser consciente, autorreflexivo, y estar abierto al diálogo con otros relatos; o bien ser inconsciente, o consciente sólo en cierto grado, como sucede a menudo cuando se entiende como literalmente verdadero y no sujeto a la crítica, casi siempre porque se considera justificado por la Autoridad Superior que lo ha revelado. Lo que los relatos tienen en común es que siempre son construcciones de la psique humana. Deben serlo, porque el mundo no es un hecho dado, sino algo que habitamos por medio de la interpretación.

El crítico literario canadiense Northrop Frye parte de la premisa de que todos vivimos dentro de un «universo mitológico, un cuerpo de presupuestos y creencias cuya raíz se encuentra en nuestras inquietudes existenciales» y que forma parte intrínseca de nuestro modo de ver la vida,

hasta el punto de que no somos conscientes de su existencia. A continuación introduce la sorprendente expresión «condicionamiento mitológico» para señalar que incluso los relatos sobre el mundo aparentemente más amplios de miras pueden tener una parte inconsciente, aunque se presenten como hechos evidentes validados por percepciones al alcance de todos. Sólo la existencia de relatos contrapuestos puede alertarnos sobre la parcialidad del nuestro y, por lo tanto, de cualquier otro: «Nuestra imaginación es capaz de reconocer elementos de nuestros mitos, o de nuestra forma de consciencia, cuando los vemos en sueños, o en el arte y la literatura, pero tal vez no lleguemos a entender su alcance. No parece posible un cambio de consciencia si no logramos cierta lucidez sobre nuestro condicionamiento mitológico».⁵

Como todos sabemos, es muy difícil cobrar consciencia del condicionamiento familiar en la vida individual, por no hablar del condicionamiento social en la vida colectiva de la tribu o del condicionamiento mitológico de la especie en los tiempos en que vivimos. El estudio de los mitos acerca de la Luna resulta esperanzador porque ya no «creemos» en la Luna como antaño y, por lo tanto, somos capaces de ver en parte cómo opera el «condicionamiento mitológico». Podemos vislumbrar cómo funciona la mente humana cuando elabora concepciones de la realidad en cuya verdad cree y de las que deriva, justificándola, su conducta. En cuanto mitos de tiempos remotos, las imágenes y los relatos sobre la Luna pueden parecernos obras de arte sujetas al escrutinio y al debate, mientras que su forma –la búsqueda humana de sentido e inteligibilidad– puede reflejar las empresas filosóficas de cualquier época.

A partir de relatos e imágenes procedentes de todos los puntos del planeta, podemos concluir que todas las culturas antiguas pasaron por una etapa en la que interpretaron ciertos aspectos de su realidad relacionándolos con la Luna. Las primeras anotaciones realizadas por seres humanos en el Paleolítico parecen ser un registro del ciclo lunar, lo que permitía medir períodos de tiempo superiores a los de 24 horas que se podían calcular mediante el Sol. En muchas culturas antiguas, la Tierra y la Luna se entendían como un todo, como un solo cuerpo dotado de dos formas; la Luna era otra Tierra, situada en el cielo. Sin embargo, el carácter particular de la Luna –sus ciclos continuos de cambio incesante– proporcionaba muchas posibilidades a la imaginación, lo que invitaba a explorar las ideas de permanencia, tiempo y mortalidad. De hecho, los poderes extraordinarios y trascendentales atribuidos a la Luna –sobre el nacimiento, la fecundidad, el crecimiento, el destino, la muerte y el renacimiento– constituyen una visión del mundo forjada en los albores de la historia humana. Esta antigua red de asociaciones hace que el simbolismo de la Luna ofrezca una perspectiva fascinante sobre la mente simbólica.

El mito fundamental asociado con la Luna es el de la muerte y el renacimiento. Las gentes del pasado remoto percibían el crecimiento y la mengua del satélite como el desarrollo y la agonía de un ser celestial, cuya muerte iba seguida por su renacimiento en forma de luna nueva. El perpetuo

drama de las fases de la Luna se convirtió en un modelo para observar la existencia de un patrón en la vida humana, animal y vegetal, incluida la idea de la vida más allá de la muerte. Muchos son los mitos en los que, a los tres días de la muerte, se produce el renacimiento: desde el descenso de la sumeria Inanna al inframundo hasta la historia bíblica de Jonás y la ballena o el descenso de Cristo a los infiernos. En todo el mundo antiguo, la idea de la resurrección se veía reflejada en el ciclo recurrente de la Luna, en su «eterno retorno», como lo llamó Platón.⁶ Parece que la Luna transmitía la imagen de la eternidad y del tiempo. La identificación instintiva de las gentes con su Luna significaba que interpretaban el renacimiento del astro como una promesa para la mengua y la muerte de los seres humanos. La Luna ofrecía una imagen visible de esperanza, era la luz que brillaba en las tinieblas de la psique humana. Se convirtió en un símbolo de transformación.

Con el descubrimiento de la agricultura, y ciertamente entre finales de la Edad del Bronce y principios de la Edad del Hierro (ca. 2000-1250 a.C.), en la mayor parte del planeta se produjo un cambio por el que se pasó de un calendario puramente lunar a otro lunisolar. Cuando se descubrió que la luz de la Luna no era sino el reflejo de la luz del Sol, la imagen de la «eternidad» se trasladó a este último. En un proceso conocido como «solarización», muchos de los poderes de la Luna y de sus relatos asociados se transfirieron al Sol; los originales se devaluaron o cayeron en el olvido. En Occidente, este proceso coincidió aproximadamente con el dominio de las culturas patriarcales sobre las culturas de la Diosa, lo que, de forma similar, provocó que los relatos acerca de la Diosa quedaran oscurecidos o distorsionados por la perspectiva mitológica dominante del Dios. Si no queremos perder el impulso dinámico y la complejidad original de nuestro antiguo legado, la recuperación de todos estos relatos se antoja una tarea esencial. Lo que podríamos denominar la «fase lunar» de la evolución de nuestra consciencia subyace a la «fase solar», y ambas subyacen, a su vez, a la «fase trascendental» de nuestro legado mitológico, cuando la imagen de la «eternidad» se trasladó más allá del Sol, de la Luna y de la Tierra.

Este libro se propone contar la historia de los mitos de la Luna como si fuera una historia de la consciencia humana. Las imágenes y los rituales lunares todavía se conservan en muchos ámbitos del pensamiento –desde el simbolismo religioso, los cuentos de hadas y el folclore, hasta ciertas supersticiones y hábitos mentales en los que aún no hemos indagado–, pero su origen en las tradiciones sobre la Luna forjadas en la Antigüedad no siempre resulta discernible. Si logramos rastrear una creencia o una costumbre hasta encontrar su origen lunar, podremos comprender cómo hemos adoptado determinadas formas de pensamiento. Tal vez descubramos entonces que el símbolo de transformación que surgió a partir de la «muerte» y «resurrección» de la Luna es el reflejo de un patrón arquetípico de la psique humana, común a todos nosotros, vivamos en la época en que vivamos.



Fig. 1. Selene, diosa griega de la Luna. Selene lleva el disco de la Luna sobre la cabeza y refrena a sus briosos caballos en la cumbre de su viaje, cuando la Luna está llena. Los siete arcos de la parte inferior sugieren que el astro se está alzando sobre las olas. Cerámica de figuras rojas del Pintor de Brigos.

Vulci, 490 a.C. Museos Estatales de Berlín.

Índice onomástico

- A-bar-gi, rey: 490
Aah, dios: 53, 55 (fig. 11), 232
Aataensic, diosa: 456, 493
Abraham, patriarca: 74-75, 428, 492-493
Acteón, héroe: 126, 473, 475 (fig. 10), 598 (n. 96)
Adán: 219, 261, 439-440, 462, 493, 541, 574 (n. 132)
Adler, Margot: 434
Adolphus Senior: 147
Adonis, dios: 48, 52, 332, 352, 357, 361, 477, 524
Afrodita, diosa: 48, 52, 121, 146, 170, 189, 198,
233, 251, 345, 356, 367, 370, 373, 391-392, 393
(fig. 12), 429, 433, 434, 477, 524, 589 (n. 73)
Agamenón, rey: 93, 249, 390-391
Agni, dios: 163, 225
Agripa, Cornelio: 117-118, 177, 426
Agustín de Hipona: 246, 250, 252, 290, 433, 510, 521
Ahriman, dios: 163
Ahura Mazda, dios: 142, 505
Aine, diosa: 406
Al-Ilat, diosa: 370
Al-Uzza, diosa: 370
Alberto Magno: 511
Alce Negro, chamán: 204-205, 493
Alejandro Magno: 121, 171
Amaterasu, diosa: 349
Ambrosio de Milán: 250-251
Ameta, dios: 350
Ammit, monstruo: 494 (y fig. 7)
Amón, dios: 112, 177
Amós, profeta: 98
An-Ki, diosa: 42-43
Anastasio Sinaíta: 448
Anat, dios: 52
Anaxágoras: 246
Anfiarao, dios: 410
Angra Mainyu, demonio: 163
Anselmo de Canterbury: 252
Anu, dios: 242, 244, 561-562 (n. 146)
Anubis, dios: 55, 174-175, 176 (fig. 21), 417, 494
(y fig. 7)
Anusūyā, diosa: 203
Apis, toro: 162, 316, 473, 491
Apofis, serpiente: 240 (y fig. 6)
Apolo, dios: 75, 92, 187, 194, 195, 256, 261, 317-318,
358, 369, 382, 392, 409, 410, 499, 511-512, 546
Apolodoro: 357, 359, 569 (n. 104), 586 (n. 95)
Apolonio de Rodas: 194, 357, 432
Apsu, dios: 242
Apuleyo, Lucio: 353, 355-356, 434
Aquiles, héroe: 93, 146, 369, 375
Aracne, doncella mitológica: 178-179
Arapoosh, jefe: 426-427, 428 (fig. 9)



Imaginatio vera

«Este libro sobre la Luna colma una laguna importante. Se trata de uno de esos estudios únicos que guían, sostienen, sanan y satisfacen ciertas necesidades propias de nuestra época.»

Thomas Berry, autor de *The Dream of the Earth*

«La amplitud de referencias que maneja la autora no conoce límites [...]. Cashford es capaz de analizar la poesía y los mitos de manera exhaustiva sin merma de su fuerza en ningún momento.»

Tom Payne, *The Daily Telegraph*

Hasta que la filosofía y, posteriormente, la ciencia se convirtieron en las disciplinas que hoy conocemos, los mitos eran el medio principal con el que las sociedades humanas explicaban su experiencia anímica y los grandes misterios de la vida. Sus poéticas imágenes y relatos protagonizados por dioses, diosas, animales o cuerpos celestes, como la Luna o el Sol, simbolizaban ideas complejas que formaban los pilares sobre los que se asentaba el conocimiento del mundo.

Desde la Ilustración, se ha dado por sentado que son formas de pensamiento caducas, pertenecientes a un pasado remoto, a las que la ciencia y la filosofía modernas deben asignar un carácter meramente poético y narrativo. Pero nada más lejos de la verdad, pues la obra de Jung, Campbell, Eliade o Barfield, entre otros muchos autores, ha evidenciado que las imágenes míticas, si son entendidas en su verdadero significado psicológico y especulativo, nunca están ausentes de cualquier pretensión de comprender el universo del alma humana.

Este libro es un desarrollo de la larga y fascinante historia de los mitos y los símbolos que, desde el Paleolítico hasta nuestros días, tienen como protagonista a la Luna. Apoyándose en 220 ilustraciones, nos habla eruditamente, desde el punto de vista de la imaginación, sobre las imágenes poéticas que nuestro satélite ha generado en la consciencia humana.

Jules Cashford es coautora, con Anne Baring, de *El mito de la diosa: evolución de una imagen* (Siruela, 2005), considerado un clásico contemporáneo. Ha traducido al inglés los *Himnos homéricos* y en la actualidad escribe y da conferencias sobre mitología y literatura.

